

OLIVERIO GIRONDO
Selección y nota introductoria de
ANAMARI GOMÍS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2010

NOTA INTRODUCOTORIA	3
NOCTURNO	9
EXVOTO	10
BIARRITZ	11
CALLE DE LAS SIERPES	11
SIESTA	13
EN CUALQUIER PARTE...	13
NO SOY YO QUIEN ESCUCHA...	16
ES LA BABA	17
CANSANCIO	19
REBELIÓN DE VOCABLOS	20
GRATITUD	21
ENCALLADO EN LAS COSTAS DEL PACÍFICO	22
ÁNGELNORAHCUSTODIO	25
NOCHE TÓTEM	27
ARIDANDANTEMENTE	27
HAY QUE BUSCARLO	28
MASPLEONASMO	29
TRAZUMOS	30
GRISTENIA	31
A MÍ	31
OTRO NOCTURNO	31
TÁNGER	32
ABANDONÉ LAS CARAMBOLAS...	36
YO NO TENGO UNA PERSONALIDAD...	37
EJECUTORIA DEL MIASMA	39
TESTIMONIAL	40

NOTA INTRODUCTORIA

“A Oliverio Girondo —dijo Gómez de la Serna— hay que darle en vida las respuestas a su exuberancia, a su fidelidad literaria, a su clarividencia fulminante”. Pero el tiempo ha pasado —Girondo murió el 17 de agosto de 1971— y aún no se ha hecho justicia a su vertiginosa, deslumbrante poesía. Sin embargo, la literatura argentina de los últimos 45 años mantiene una cercana conexión con la obra del autor de *En la masmédula*. Habría razones para pensar que tanto el nombre del protagonista (Oliveira) como algunos fragmentos de la *Rayuela* de Cortázar son un homenaje, una inclusión necesaria, a la escritura girondiana. Caben otros ejemplos, pero baste apuntar que, a pesar de ser poco conocido y, peor todavía, poco leído, Oliverio Girondo-escritor se precipitó sobre las generaciones que lo sucedieron (algo similar pasa con Macedonio Fernández). Solitario obcecado, Girondo es culpable de su magra difusión. Tras haber participado con ahínco en el movimiento “Martín Fierro”, que reveló a las letras latinoamericanas las formas de la vanguardia europea y se convirtió en un baluarte durante la década de los 20, el poeta decidió permanecer al margen de cualquier grupo, de cualquier “capilla” cultural. Su preocupación primigenia fue levantar un puente entre la poesía —para él la manera más precisa de conocer la realidad, quizá un influjo dadaísta— y la vida. “La poesía —expone Oliverio— siempre es lo otro, aquello que todos ignoran hasta que lo descubre un verdadero poeta”. De ahí que, contra las fulgurantes actividades de sus coetáneos, ávidos por publicar aquí y allá, por pastar —como afirma Enrique Molina— en los suplementos dominicales, a Oliverio Girondo, hijo privilegiado de una familia burguesa, le haya dado por indagar sobre los avatares de la existencia (“A veces rotuno / a veces muy hondo / se va por el mundo / girando, Girondo /”, le cantan sus asiduos amigos de 1926), con el objeto de fijar el punto que vincula el

mundo cotidiano a la palabra poética. El poeta debe ser un “tejedor de milagros”, es decir, descubrir por medio del espacio textual aquello no advertido por los demás (“El sólo hecho de poseer un hígado y dos riñones ¿no es justificar que pasáramos los días aplaudiéndole a la vida y a nosotros mismos?”). La poesía es, así, un modo de presenciar la realidad, en razón de lo cual Gironde precisa abolir todos los obstáculos y enfrentar los valores establecidos (“abre los brazos y no te niegues al clarinete, ni a las faltas de ortografía”) para desarrollar una moral poética. Mientras muchos de los martínfierristas terminaron arrastrados por viejos cánones y una actitud tradicional, Gironde puso de manifiesto el carácter de una escritura que hay que mirar en un proceso perpetuo (“hincados / sin aureola / ante charcos de lágrimas que cantan / con un pezvelo en trance debajo de la lengua / hay que buscarlo / al poema”). De la concepción de un lenguaje lineal, Oliverio Gironde va poco a poco explorando distintos mecanismos lingüísticos que irán aparejados, casi siempre, al humor negro, región donde gravita el poeta. Parece ser, como ha asentado Enrique Molina, que en la obra de Gironde el universo está al borde del colapso. La catástrofe se anida en las esquinas y de repente acontece lo extraordinario: una vaca que habla, un simple perdón o el amor arborescente, y las cosas recuperan su cauce.

Veinte poemas para ser leídos en el tranvía (1922) toma la figura fantasmagórica del suceso cotidiano. Frente a éste, el espejo en el que nos contemplamos todos. “Lo cotidiano, sin embargo —argumenta Gironde—, ¿no es una manifestación admirable y modesta de lo absurdo? Y cortar las amarras lógicas, ¿no implica la única y verdadera posibilidad de aventura?” Siguiendo la fórmula, cuando Gómez de la Serna recibe un ejemplar del libro se sube a un tranvía y comienza a leer. Concluido el recorrido, pero no la lectura, el escritor español compra un boleto más “hasta el próximo poema”. En 1925, Gironde publica *Calcomanías*, una visión latinoamericana de la España de charango y pandereta y, antes que nada, de una nación

suspendida en el tiempo. Para 1932 *Espantapájaros* sale a la luz. Y Oliverio, poeta a contrasombra y a contracorriente, alquila una carroza funeraria presidida por un elegante espantajo, mensajero del recién editado libro (“Hasta las ideas más optimistas toman un coche fúnebre para pasearse por mi cerebro”). El texto, en su mayoría formado por pequeñas narraciones poéticas, hace reincidir al argentino en la presentación de una realidad grotesca, la cual, de no combatirla con el deseo de volar —una de las obsesiones de Girondo— o con el asombro frente a lo más mínimo, lleva “... a no concebir otra aspiración que la de recibirse de calavera...”. Aquí, Girondo vuelve a sorprender los trazos endebles del ámbito diario, pero esta vez dentro de una conciencia más desgarrada, en la que los objetos se han introyectado en los protagonistas, ahora generadores psíquicos.

No se puede hablar de Girondo como de una personalidad que se ha ido desencantando de la vida. En él, a través de su obra, hay ciertos elementos que agudizan el síndrome del hombre contemporáneo, un ser cosificado y abrumado por la ciudad, la exuberancia corrompida de las formas y una buena dosis de desolación. Sin embargo, el humor extrapola estos factores hacia una dimensión aparte, para ofrecerle un sitio especial a la ternura. El personaje de *Interlunio* (1937), una suerte de carácter chejoviano a punto de perder la razón debido a detalles insignificantes (los pasos nocturnos de un estudiante que vive en el cuarto de arriba) que cobran una magnitud extravagante, recibe la revelación por boca de ese animal de mirada lánguida y bonachona, la vaca, que en Girondo adquiere una imagen totémica.

Persuasión de los días (1942) marca una segunda época en la producción literaria de Oliverio Girondo. Un mayor aunque velado escepticismo recorre su escritura:

Cansado
¡Sí!
Cansado por carecer de antenas,

de un ojo en cada omóplato
de una cola auténtica,
alegre,
desatada
y no este rabo de hipócritas,
degenerado,
enano.

Para el mismo Enrique Molina, *Persuasión de los días* es “el paso de una geográfica a una ética.” Es decir, se ha pasado “de un universo físico a un universo moral”. El dominio del lenguaje se ha extendido hasta conformar un proyecto original de significación. Girondo escarba dentro de la lengua y, en múltiples ocasiones selecciona las palabras más deslucidas o las más manoseadas o las más pobres y entonces las metamorfosea, las viste, las festeja:

y usaremos palabras sustanciosas,
auténticas;
no como esos vocablos erizados de inquina
que babea las hienas al instarnos al odio,
ni aquellos que se asfixian
en estrofas de almíbar
y fustigada clara de huevo corrompido:
sino palabras simples,
de arroyo,
de raíces,
que en vez de separarnos
nos acerquen un poco;

La aparición de *En la masmédula* (1956) participa a las letras hispanoamericanas de uno de los libros más audaces y excepcionales de nuestra literatura. En este poemario se trasgreden las convenciones de la sintaxis, de la semántica e incluso de la fonética. A dicho respecto escribe Aldo Pellegrini:

En Girondo hay una verdadera sensualidad de la palabra como sonido, pero más que eso todavía, una búsqueda de la secreta homología entre sonido y significado. Esta homología supone una verdadera relación máxima, se-

gún el principio de las correspondencias, que resulta paralela a la antigua relación mágica entre forma visual y significado.

En *En la masmédula* la comunicación se torna una sinfonía. Y es esta una fantástica aventura de la poesía moderna. El laboratorio de los sonidos (“Lo no moroso al toque / el consonar a qué la sexta nota / los hubieran posesos / los sofocos del bis a bis acoplo de sorbentes / subósculos”) produce el vértigo de un encuentro inesperado con la lengua. Las palabras-montaje, el efecto lewis Carrolliano, originan en español una vía de expresión sin antecedentes y de desempolvamiento del lenguaje, en la que el brasileño Haroldo de Campos y los cubanos Severo Sarduy y Gabriel Cabrera Infante, entre otros, han incursionado bajo la irrisión de una fiesta paródica, de la que Gironde fue (es) innovador. Para algunos poetas actuales, la experiencia de *En la masmédula* supera los intentos del *Trilce* de Vallejo, una tentativa no llevada a sus últimas consecuencias. Contrariamente, el texto de Gironde resulta el sortilegio de la intrepidez, del punto límite del lenguaje. Y, acaso, la práctica de *En la masmédula* sea ya irrepetible.

Constante viajero, Oliverio Gironde conoció los más intrincados caminos de Europa y América Latina, desde muy joven. Con Norah Lange, su mujer y compañera, anduvo, viejo y cansado, de un país a otro. Su pasión por la vida; por la pintura (tiene un largo ensayo sobre pintura francesa moderna y su tarea literaria sustenta, en ciertos rasgos, una correspondencia directa con las artes plásticas); por la escritura; su desparpajo y antisolemnidad (la pieza teatral *La comedia de todos los días*, escrita en colaboración con René Zapata Quesada, no llega a estrenarse nunca porque un actor se niega a decir, tras la palabra “estúpidos”, “como todos ustedes”, dirigiéndose al público); y honorabilidad (Gironde negó siempre que, habiendo coincidido en París, le prestó ayuda económica a César Vallejo, pero años después de su muerte —acelerada por un accidente en la calle— y mediante

un fárrago epistolar, se constata lo opuesto); y por varias anécdotas suyas extraídas del olvido por Ramón Gómez de la Serna, Oliverio Girondo ofrece una figura peculiar, una fiereza indomesticable (se recibió de abogado para jamás ejercer como tal) y un ímpetu desaforado que se relaciona muy bien (y aunque los datos biográficos no digan nada y lo único que perdurará de un poeta, si algo de él perdurara, será su poesía) con la imagen de un escritor que hizo de la palabra y de la realidad el prodigio de una literatura inusitada.

Para terminar reproduzco, y recibamos de una buena vez la presente antología, lo que Oliverio Girondo escribió en una obligada presentación, obligada por parte del editor, a *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*:

Un libro —y sobre todo un libro de poemas— debe justificarse por sí mismo sin prólogos que lo defiendan o lo expliquen.

Y creo que Oliverio Girondo estaba en lo cierto.

ANAMARI GOMÍS

De Veinte poemas para ser leídos en el tranvía

NOCTURNO

Frescor de los vidrios al apoyar la frente en la ventana. Luces trasnochadas que al apagarse nos dejan todavía más solos. Telaraña que los alambres tejen sobre las azoteas. Trote hueco de los jamelgos que pasan y nos emocionan sin razón.

¿A qué nos hace recordar el aullido de los gatos en celo, y cuál será la intención de los papeles que se arrastran en los patios vacíos?

Hora en que los muebles viejos aprovechan para sacarse las mentiras, y en que las cañerías tienen gritos estrangulados, como si se asfixiaran dentro de las paredes.

A veces se piensa, al dar vuelta la llave de la electricidad, en el espanto que sentirán las sombras, y quisiéramos avisarles para que tuvieran tiempo de acurrucarse en los rincones. Y a veces las cruces de los postes telefónicos, sobre las azoteas, tienen algo de siniestro y uno quisiera rozarse a las paredes, como un gato o como un ladrón.

Noches en las que desearíamos que nos pasaran la mano por el lomo, y en las que súbitamente se comprende que no hay ternura comparable a la de acariciar algo que duerme.

¡Silencio! —grillo afónico que nos mete en el oído—. ¡Cantar de las canillas mal cerradas! —único grillo que le conviene a la ciudad—.

Buenos Aires, noviembre, 1921

EXVOTO

A las chicas de Flores

Las chicas de Flores, tienen los ojos dulces, como las almendras azucaradas de la Confitería del Molino, y usan moños de seda que les liban las nalgas en un aleteo de mariposa.

Las chicas de Flores, se pasean tomadas de los brazos, para transmitirse sus estremecimientos, y si alguien las mira en las pupilas, aprietan las piernas, de miedo de que el sexo se les caiga en la vereda.

Al atardecer, todas ellas cuelgan sus pechos sin madurar del ramaje de hierro de los balcones, para que sus vestidos se empurpuren al sentirlas desnudas, y de noche, a remolque de sus mamás —empavesadas como fragatas— van a pasearse por la plaza, para que los hombres les eyaculen palabras al oído, y sus pezones fosforescentes se enciendan y se apaguen como luciérnagas.

Las chicas de Flores, viven en la angustia de que las nalgas se les pudran, como manzanas que se han dejado pasar, y el deseo de los hombres las sofoca tanto, que a veces quisieran desembarazarse de él como de un corsé, ya que no tienen el coraje de cortarse el cuerpo a pedacitos y arrojárselo, a todos los que les pasan la vereda.

Buenos Aires, octubre, 1920

BIARRITZ

El casino sorbe las últimas gotas de crepúsculo.

Automóviles afónicos. Escaparates constelados de estrellas falsas. Mujeres que van a perder sus sonrisas al bacará.

Con la cara desteñida por el tapete, los “croupiers” offician, los ojos bizcos de tanto ver pasar dinero.

¡Pupilas que se licuan al dar vuelta las cartas!
de perlas que hunden un tarascón en las gargantas!

Hay efebos barbilampiños que usan una bragueta en el trasero. Hombres con baberos de porcelana. Un señor con un cuello que terminará por estrangularlo. Unas tetas que saltarán de un momento a otro de un escote, y lo arrollarán todo, como dos enormes bolas de billar.

Cuando la puerta se entreabre, entra un pedazo de “foxtrot”.

Biarritz, octubre, 1920

De *Calcomanías*

CALLE DE LAS SIERPES

A D. Ramón Gómez de la Sema

Una corriente de brazos y de espaldas
nos encauza
y nos hace desembocar
bajo los abanicos,
las pipas,
los anteojos enormes

colgados en medio de la calle;
únicos testimonios de una raza
desaparecida de gigantes.

Sentados al borde de las sillas,
cual si fueran a dar un brinco
y ponerse a bailar,
los parroquianos de los cafés
aplauden la actividad del camarero,
mientras los limpiabotas les lustran los zapatos
hasta que pueda leerse
el anuncio de la corrida del domingo.

Con sus caras de mascarón de proa,
el habano hace las veces de bauprés,
los hacendados penetran
en los despachos de bebidas,
a muletear los argumentos
como si entraran a matar;
y acodados en los mostradores,
que simulan barreras,
brindan a la concurrencia
el miura disecado
que asoma la cabeza en la pared.

Ceñidos en sus capas, como toreros,
los curas entran en las peluquerías
a afeitarse en cuatrocientos espejos a la vez,
y cuando salen a la calle
ya tienen una barba de tres días.

En los invernáculos
edificados por los círculos,
la pereza se da como en ninguna parte
y los socios la ingieren
con churros o con horchata,
para encallar en los sillones
sus abulias y sus laxitudes de fantoches.

Cada doscientos cuarenta y siete hombres,
trescientos doce curas

y doscientos noventa y tres soldados,
pasa una mujer.

Sevilla, abril, 1923

SIESTA

Un zumbido de moscas anestesia la aldea.
El sol unta con fósforo el frente de las casas,
y en el cauce reseco de las calles que sueñan
deambula un blanco espectro vestido de caballo.

Penden de los balcones racimos de glicinas
que agravan el aliento sepulcral de los patios
al insinuar la duda de que acaso estén muertos
los hombres y los niños que duermen en el suelo.

La bondad soñolienta que trasudan las cosas
se expresa en las pupilas de un burro que trabaja
y en las ubres de madre de las cabras que pasan
con un son de cencerros que, al diluirse en la tarde,
no se sabe si aún suena o ya es sólo un recuerdo...
¡Es tan real el paisaje que parece fingido!

Andalucía, 1923

De Espantapájaros (Fragmentos)

En cualquier parte donde nos encontremos, a toda
hora del día o de la noche, ¡miembros de la familia!
Parientes más o menos lejanos, pero con una ascen-
dencia idéntica a la nuestra.

¿Cualquier gato se asoma a la ventana y se lame las
nalgas?... ¡Los mismos ojos de tía Carolina! ¿El caba-

llo de un carro resbala sobre el asfalto?... ¡Los dientes un poco amarillentos de mi abuelo José María!

¡Lindo programa el de encontrar parientes a cada paso! ¡El de ser un tío a quien lo toman por primo a cada instante!

Y lo peor, es que los vínculos de consanguinidad no se detienen en la escala zoológica. La certidumbre del origen común de las especies fortalece tanto nuestra memoria, que el límite de los reinos desaparece y nos sentimos tan cerca de los herbívoros como de los cristalizados o de los farináceos. Siete, setenta o setecientas generaciones terminan por parecemos lo mismo, y (aunque las apariencias sean distintas) nos damos cuenta de que tenemos tanto de camello, como de zanahoria.

Después de galopar nueve leguas de pampa, nos sentamos ante la humareda del puchero. Tres bocados... y el esófago se nos anuda. Hará un periodo geológico; este zapallo, ¿no sería un hijo de nuestro papá? *Los garbanzos tienen un gustito a paraíso, ¡pero si resultara que estamos devorando a nuestros propios hermanos!*

*A medida que nuestra existencia se confunde con la existencia de cuanto nos rodea, se intensifica más el terror de perjudicar a algún miembro de la familia. Poco a poco, la vida se transforma en un continuo sobresalto. Los remordimientos que nos corroen la conciencia, llegan a entorpecer las funciones más impostergables del cuerpo y del espíritu. Antes de mover un brazo, de estirar una pierna, pensamos en las consecuencias que ese gesto puede tener, para toda la parentela. *Cala día que pasa nos es más difícil alimentarnos, nos es más difícil respirar, hasta que llega un momento en que no hay otra escapatoria que la de optar, y resignarnos a cometer todos los incestos, todos los asesinatos, todas las crueldades, o ser, simple y humildemente, una víctima de la familia.**

* * *

Me estrechaba entre sus brazos chatos y se adhería a mi cuerpo, con una violenta viscosidad de molusco. Una secreción pegajosa me iba envolviendo, poco a poco, hasta lograr inmovilizarme. De cada uno de sus poros surgía una especie de uña que me perforaba la epidermis. Sus senos comenzaban a hervir. Una exudación fosforescente le iluminaba el cuello, las caderas; hasta que su sexo —lleno de espinas y de tentáculos— se incrustaba en mi sexo, precipitándose en una serie de espasmos exasperantes.

Era inútil que le escupiese en los párpados, en las concavidades de la nariz. Era inútil que le gritara mi odio y mi desprecio. Hasta que la última gota de esperma no se me desprendía de la nuca, para perforarme el espinazo como una gota de lacre derretido, sus encías continuaban sorbiendo mi desesperación; y antes de abandonarme me dejaba sus millones de uñas hundidas en la carne y no tenía otro remedio que pasarme la noche arrancándomelas con unas pinzas, para poder echarme una gota de yodo en cada una de las heridas...

¡Bonita fiesta la de ser un durmiente que usufructúa de la predilección de los súcubos!

* * *

Se podrá discutir mi erudición ornitológica y la eficacia de mis aperturas de ajedrez. Nunca faltará algún zopenco que niegue la exactitud astronómica de mis horóscopos ¡pero eso sí! a nadie se le ocurrirá dudar, ni un solo instante, de mi perfecta, de mi absoluta solidaridad.

¿Una colonia de microbios se aloja en los pulmones de una señorita? Solidario de los microbios, de los pulmones y de la señorita. ¿A un estudiante se le ocurre esperar el tranvía adentro del ropero de una mujer casada? Solidario del ropero, de la mujer casada, del tranvía, del estudiante y de la espera.

A todas horas de la noche, en las fiestas patrias, en el aniversario del descubrimiento de América, dis-

puesto a solidarizarme con lo que sea, víctima de mi solidaridad.

Inútil, completamente inútil, que me resista. La solidaridad ya es un reflejo en mí, algo tan inconsciente como la dilatación de las pupilas. Si durante un centésimo de segundo consigo desolidarizarme de mi solidaridad, en el centésimo de segundo que lo sucede, sufro un verdadero vértigo de solidaridad.

Solidario de las olas sin velas... sin esperanza. Solidario del naufragio de las señoras ballenatos, de los tiburones vestidos de frac, que les devoran el vientre y la cartera. Solidario de las carteras, de los ballenatos y de los fraques.

Solidario de los sirvientes y de las ratas que circulan en el subsuelo, junto con los abortos y las flores marchitas.

Solidario de los automóviles, de los cadáveres descompuestos, de las comunicaciones telefónicas que se cortan al mismo tiempo que los collares de perlas y las sogas de los andamios.

Solidario de los esqueletos que crecen casi tanto como los expedientes; de los estómagos que ingieren toneladas de sardinas y de bicarbonato, mientras se van llenando los depósitos de agua y de objetos perdidos.

Solidario de los carteros, de las amas de cría, de los coroneles, de los pedicuros, de los contrabandistas.

Solidario por predestinación y por oficio. Solidario por atavismo, por convencionalismo. Solidario a perpetuidad. Solidario de los insolidarios y solidario de mi propia solidaridad.

De Persuasión de los días

No soy yo quien escucha
ese trote llovido que atraviesa mis venas.

No soy yo quien se pasa la lengua entre los labios,
al sentir que la boca se me llena de arena.

No soy yo quien espera,
enredado en mis nervios,
que las horas me acerquen el alivio del sueño,
ni el que está con mis manos, de yeso enloquecido,
mirando, entre mis huesos, las áridas paredes.

No soy yo quien escribe estas palabras huérfanas.

ES LA BABA

Es la baba.
Su baba.
La efervescente baba.
La baba hedionda,
cáustica;
la negra baba rancia
que babea esta especie babosa de alimañas
por sus rumiantes labios carcomidos,
por sus pupilas de ostra putrefacta,
por sus turbias vejigas empedradas de cálculos,
por sus viejos ombligos de regatón gastado,
por sus jorobas llenas de intereses compuestos,
de acciones usurarias;
la pestilente baba,
la baba doctorada,
que avergüenza la felpa de las bancas con dieta
y otras muelles poltronas no menos escupidas.
La baba tartamuda,
adhesiva,
viscosa,
que impregna las paredes tapizadas de corcho
y contempla el desastre a través del bolsillo.
La baba disolvente.
La agria baba oxidada.
La baba.

¡Sí! Es su baba...
lo que herrumbra las horas,
lo que pervierte el aire,
el papel,
los metales:
lo que infecta el cansancio.
los ojos,
la inocencia,
con sus vermes de asco,
con sus virus de hastío,
de idiotez,
de ceguera,
de mezquinidad,
de muerte.
Debajo de la almohada
una mano,
mi mano,
que se agranda,
se agranda
inexorablemente,
para emerger,
de pronto,
en la más alta noche,
abandonar la cama,
traspasar las paredes,
mezclarse con las sombras,
distenderse en las calles
y recubrir los techos de las casas sonámbulas.

A través de mis párpados
yo contemplo sus dedos,
apacibles,
tranquilos,
de ciclópeas falanges;
los millares de ríos
zigzagueantes,
resecos,
que recorren la palma desierta de esa mano,
desmesurada,
enorme,
adherida al insomnio,

a mi brazo,
a mi cuerpo
diminuto,
perdido
en medio de las sábanas;
sin explicarme cómo esa mano
es mi mano,
ni saber por qué causa se empeña en disminuirme.

CANSANCIO

Cansado
¡Sí!
Cansado
de usar un solo brazo,
dos labios,
veinte dedos,
no sé cuántas palabras,
no sé cuántos recuerdos,
grisáceos,
fragmentarios.

Cansado,
muy cansado
de este frío esqueleto,
tan púdico,
tan casto,
que cuando se desnude
no sabré si es el mismo
que usé mientras vivía.

Cansado.
¡Sí!
Cansado
por carecer de antenas,
de un ojo en cada omóplato
y de una cola auténtica,
alegre,

desatada,
y no este rabo hipócrita
degenerado,
enano.

Cansado,
sobre todo,
de estar siempre conmigo,
de hallarme cada día,
cuando termina el sueño,
allí, donde me encuentre,
con las mismas narices
y con las mismas piernas;
como si no deseara
esperar la rompiente con un cutis de playa,
ofrecer, al rocío, dos senos de magnolia,
acariciar la tierra con un vientre de oruga,
y vivir, unos meses, adentro de una piedra.

De Embelesos

REBELIÓN DE VOCABLOS

De pronto, sin motivo:
graznido, palaciego,
cejjunto, microbio,
padrenuestro, dicterio;
seguidos de: incoloro,
bisiesto, tegumento,
ecuestre, Marco Polo,
patizambo, complejo;
en pos de: somormujo,
padrillo, reincidente,
herbívoro, profuso,
ambidiestro, relieve;
rodeados de: Afrodita,

núbil, huevo, ocarina,
incruento, rechupete,
diametral, pelo fuente;
en medio de: pañales,
Flavio Lacio, penates,
toronjil, nigromante,
semibreve, sevicia;
entre: cuervo, cornisa,
imberbe, garabato,
parásito, almenado,
tarambana, equilátero;
en torno de: nefando,
hierofante, guayabo,
esperpento, cofrade,
espiral, mendicante;
mientras llegan: incólume,
falaz, ritmo, pegote,
cliptodonte, resabio,
fuego fatuo, archivado;
y se acercan: macabra,
cornamusa, heresiarca,
sabandija, señuelo,
artilugio, epiceno;
en el mismo momento
que castálico, envase,
llama sexo, estertóreo,
zodiacal, disparate;
junto a sierpe. . . ¡no quiero!
Me resisto. Me niego.
Los que sigan viniendo
han de quedarse adentro.

GRATITUD

Gracias aroma
azul,
fogata
encelo.

Gracias pelo
caballo
mandarino.

Gracias pudor
turquesa
embrujo
vela,
llamarada
quietud
azar
delirio.

Gracias a los racimos
a la tarde,
a la sed
al fervor
a las arrugas,
al silencio
a los senos
a la noche,
a la danza
a la lumbre
a la espesura.

Muchas gracias al humo
a los microbios,
al despertar
al cuerno
a la belleza,
a la esponja
a la duda
a la semilla,
a la sangre
a los toros
a la siesta.

Gracias por la ebriedad,
por la vagancia,
por el aire

la piel
las alamedas,
por el absurdo de hoy
y de mañana,
desazón
avidez
calma
alegría,
nostalgia
desamor
ceniza
llanto.

Gracias a lo que nace,
a lo que muere,
a las uñas
las alas
las hormigas,
los reflejos
el viento
la rompiente,
el olvido
los granos
la locura.

Muchas gracias gusano.
Gracias huevo.
Gracias fango,
sonido.
Gracias piedra.
Muchas gracias por todo.
Muchas gracias.

Oliverio Girando,
agradecido.

ENCALLADO EN LAS COSTAS DEL PACIFICO*

A Enrique Molina

Corta los dedos momias
la yugular marina
de los algosos huéspedes que agobian tu pensativo
omóplato de lluvia
la veta de presagios que labran en tu arena los
cangrejos escribas
el tendón que te amarra a tanto ritmo muerto entre
gaviotas
y huye con tu terráquea estatua parpadeante
sin un mítico cuerno bajo la nieve niña recostada en
tus sienes
pero con once antenas fluorescentes embistiendo el
misterio.

Huye con ella en llamas del brazo de su miedo
tómala de las rosas si prefieres llagarte la corteza
pero abandona el eco de ese hipomar hidrófobo
que fofopulpoduende te dilata el abismo con sus
viscosos ceros absorbentes
cuando no te trasmuta en migratorio vuelo circunflexo
de nostalgias sin rumbo

Furiosamente aleja tu Segismunda rata introspectiva
tu telaraña hambrienta
de ese trasmundo hijastro de la lava en mística
abstinencia de cactus penitentes
y con tu dogoarcángel aureoleado de moscas
y tus fieles botines melancólicos
de ensueños disecados y gritos de entrecasa color
crimen

* Publicado en *La Nación* el 1 de abril de 1951, con el título *Instancias a un poeta —encallado en las costas del Pacífico—*. Disgustado por la errónea identidad que muchos lectores prestaron al poeta del título, el autor decidió mencionar al verdadero destinatario del poema en el caso de una futura reimpresión.

huye con ella dentro de su claustral aroma
aunque su cieloinfierno te condene a un eterno
“Te quiero”.

Deja ya desprenderse el cálido follaje que brota de tus
manos
junto a ese móvil tótem de muslos agua viva
flagélate si quieres con las violentas trenzas que le
hurtaste al olvido
pero por más que sufras en cada cruz vacante una
pasión suicida
y tu propia cisterna con semivirgen luna reclame tu
cabeza
ya sin velero ocaso
ni chicha de pestañas
ni cajas donde late la agónica sequía
huye por los senderos que arrancan de tu pecho
con tu hijo entre paréntesis
tu hormiguero de espectros
tus bisabuelas lámparas
y todos los frutales recuerdos florecidos que alimentan
tu siesta.

Huye con ella envuelto en su orquestal cabello
y su mirar sigilo
aunque te cruces de alas
y el averritmo herido que anida en el costado donde te
sangra el tiempo
atardezca su canto entre sus senoslotos
o en sus brazos de estatua
que ha perdido los brazos en aras de vestales y faunos
inhumados
y huye con tus grilletes de prófugo perpetuo
tu nimbo sin eclipses
tus desnudos complejos
y el sempiterno tajo de fluviales tinieblas que te parte
los ojos
para que viertan coágulos de rancia angustia padre
impulsos prenatales
y meteóricas ansias que le muerden los crótalos
a los sueñosculebras del lecho donde boga ámbarmente

desnuda
tu ninfómana estrella
mientras tu cuervo grazna un “Nunca más” de piedra.

ANGELNORAHCUSTODIO

Ante el acorde vuelo epistolar que orchestra la Stradivarius Lila
el balbuciente arpegio tras la barbasordina
sobre las niñaslámparas
que tan celestemente alucinan tu sala
con su silencioaraña
sus sorbos de crepúsculo
y ese caballo muerto en el espejo
por tu arcángelrelámpago.

Noche tras noche y tardes
presencí el desdibujo prolijamente exacto de sus
nublados gestos musicales
y sus yacentes diálogos ante lacios retratos en
siemprevela ardida
y parpadeantes copas de fiebre alcohol latido
y una vez más
sin máscara de exasperante grillo conyugal Aristarco
quiero darte las gracias por la capota en llanto
los guantes esponsales
y el diáfano misterio que estremece tus hojas
de angelcustodio mío.

De *En la mas médula*

NOCHE TÓTEM

Son los trasfondos otros de la in extremis médium
que es la noche al entreabrir los huesos

las mitoformas otras
aliardidas presencias semimorfas
sotopausas sosoplos
de la enllagada libido posesa
que es la noche sin vendas
son las grislumbres otras tras esmeriles párpados
videntes
los atónitos yesos de lo inmóvil ante el refluído herido
interrogante
que es la noche ya lívida
son las cribadas voces
las suburbanas sangres de la ausencia de remansos
omóplatos
las agrinsomnes dragas hambrientas del ahora con su
limo de nada
los idos pasos otros de la incorpórea ubicua también
otra escarbando lo incierto
que puede ser la muerte con su demente célibe muleta
y es la noche
y deserta

ARIDANDANTEMENTE

Sigo
solo
me sigo
y en otro absorto otro beodo lodo baldío
por neuroyertos rumbos horas opio desfondes
me persigo
junto a tan tantas otras bellas concas corolas erolocas
entre fugaces muertes sin memoria
y a tantos otros otros grasos ceros costrudos que me
opan
mientras sigo y me sigo
y me recontrasigo
de un extremo a otro estero
aridandantemente
sin estar ya conmigo ni ser un otro otro

HAY QUE BUSCARLO

En la eropsiquis plena de huéspedes entonces meandros
de espera ausencia
enlunados muslos de estival epicentro
tumultos extradérmicos
excoriaciones fiebre de noche que burmua
y aola aola aola
al abrirse las venas
con un pezlambo inmerso en la nuca del sueño hay
que
 buscarlo
al poema

Hay que buscarlo dentro de los plesorbos de ocio
desnudo
desquejido
sin raíces de amnesia
en los lunihemisferios de reflujos de coágulos de espuma
 de medusas de arena de los senos o tal vez en
 andenes con aliento a zorrino
y a rumiante distancia de santas madres vacas
hincadas
sin aureola
ante charcos de lágrimas que cantan
con un pezvelo en trance debajo de la lengua hay que
 buscarlo
al poema

Hay que buscarlo ignífero superimpuro leso
lúcido beodo
inobvio
entre epitelios de alba o resacas insomnes de soledad
en
 creciente
antes que se dilate la pupila del cero
mientras lo endoinefable encandece los labios de
 subvoces que brotan del intrafondo eufónico

con un pezgrifo arco iris en la mínima plaza de la
frente

hay que buscarlo
al poema

MASPLEONASMO

Más zafio tranco diario
llagánima
masturbio
sino orate
más seca sed de móviles carnívoros
y mago rapto enlabio de alba albatros
más sacra carne carmen de hipermelosas púberes
vibrátiles de sexotumba góndola
en las fauces del cauce fuera de fértil madre del
diosemen
aunque el postedio tienda sus cangrejales lechos ante
el
eunuco olvido
más lacios salmos mudos
manos radas lunares
copas de alas
más ciega busca perra tras la verdad volátil plusramera
ineterna
más jaguares deseo
nimios saldos terráqueos en colapso y panentrega
extrema desde las ramas óseas hasta la córnea pá-
nica
a todo huésped sueño del prenoser menguante
a toda pétrea espera
lato amor gayo nato
deliquio tenso encuentro sobre tibias con espasmos
adláteres
ya que hasta el unto enllaga las mamas secas másculas
y el mismo pis vertido es un preverso feto si se cogita
en
fuga

más santo hartazgo grávido de papa rica rima de tanto
lorosimio implume vaterripios
sino hiperhoras trucas dubiengendros acéfalos no
piensos e impactos del tan asco
aunque el cotedio azuce sus jaurías sorbentes ventosas
de botezos.

TRAZUMOS

Las vertientes las órbitas han perdido la tierra los
espejos los brazos los muertos las amarras
el olvido su máscara de tapir no vidente
el gusto el gusto el cauce sus engendros el humo cada
dedo las fluctuantes paredes donde amanece el vino
las raíces la frente todo canto rodado
su corola los muslos los tejidos los vasos el deseo los
zumos que fermenta la espera
las campanas las costas los trasueños los huéspedes
sus panales lo núbil las praderas las crines la lluvia las
pupilas
su fanal el destino
pero la luna intacta es un lago de senos que se bañan
tomados de la mano.

GRISTENIA

Noctivozmusgo insomne
del yo más yo refluído a la gris ya desierta tan médano
evidencia
gorgogoteando noes que plellagan el pienso
contra las siempre contras de la posnáusea obesa
tan plurinterroído por noctivagos yoes en rompiente
ante la afauce angustia
con su soñar rodado de hueco sino dado de dado ya
tan

dado
y su yo solo oscuro de pozo lodo adentro y
microcosmos tinto por la total gristenia.

A MÍ

Los más oscuros estremecimientos a mí
entre las extremidades de la noche
los abandonos que crepitan
cuanto vino a mí acompañado
por los espejismos del deseo
lo enteramente terso en la penumbra
las crecidas menores ya con luna
aunque el ensueño ulule entre mandíbulas transitorias
las teclas que nos tocan hasta el hueso del grito
los caminos perdidos que se encuentran
bajo el follaje del llanto de la tierra
la “esperanza que espera los trámites del trance
por mucho que se apoye en las coyunturas de lo fortuito
a mí a mí la plena íntegra bella a mí hórrida vida.

De 20 poemas. . .

OTRO NOCTURNO

La luna, como la esfera luminosa del reloj de un edificio
público.

¡Faroles enfermos de ictericia! ¡Faroles con gorras
de “apache”, que fuman un cigarrillo en las esquinas!

¡Canto humilde y humillado de los mingitorios
cansados de cantar! ¡Y silencio de las estrellas, sobre
el asfalto humedecido!

¿Por qué, a veces, sentiremos una tristeza parecida a la de un par de medias tirado en un rincón?, y ¿por qué, a veces, nos interesará tanto el partido de pelota que el eco de nuestros pasos juega en la pared?

Noches en las que nos disimulamos bajo la sombra de los árboles, de miedo de que las casas se despierten de pronto y nos vean pasar, y en las que el único consuelo es la seguridad de que nuestra cama nos espera, con las velas tendidas hacia un país mejor.

París, julio, 1921

De Calcomanías

TÁNGER

A D. Alfonso Maseras

La hélice deja de latir;
así las casas no se vuelan,
como una bandada de gaviotas.

Erizadas de manos y de brazos
que emergen de unas mangas enormes,
las barcas de los nativos nos abordan
para que, en alaridos de gorila,
ellos irrumpen en cubierta
y emprendan con fardos y valijas
un partido de “rugby”.

Sobre el muelle de desembarco,
que, desde lejos,
es un parral rebosante de uvas negras,
los hombres, al hablar,
hacen los mismos gestos

que si tocaran un “jazz-band”,
y cuando quedan en silencio
provocan la tentación
de echarles una moneda en la tetilla
y hundirles de una trompada el esternón.

Calles que suben,
titubean,
se adelgazan
para poder pasar,
se agachan bajo las casas,
se detienen a tomar sol,
se dan de narices
contra los clavos de las puertas
que les cierran el paso.

¡Calles que muerden los pies
a cuantos no los tienen achatados
por las travesías del desierto!

A caballo en los lomos de sus mamás,
los chicos les taconeán la verija
para que no se dejen alcanzar
por los burros que pasan
con las ancas ensangrentadas
de palos y de erres.

Cada ochocientos metros
de mal olor
nos hace “flotar”
de un “upper-cut”.

Fantasmas en zapatillas,
que nos miran con sus ojos desnudos,
las mujeres
entran en zaguanes tan frescos y azulados
que los hubiera firmado Fray Angélico,
se detienen ante las tiendas,
donde los mercaderes,
como en un relicario,
ensayan posturas budescas

entre las nubes tormentosas
de sus pipas de “kiff”.

Con dos ombligos en los ojos
y una telaraña en los sobacos,
los pordioseros petrifican
una mueca de momia;
ululan lamentaciones
con sus labios de perro,
o una quejumbre de “cante hondo”;
inciensan de tragedia las calles
al reproducir sobre los muros
votivas actitudes de estela.

En el pequeño zoco,
las diligencias automóviles,
¡guardabarros con olor a desierto!,
ábrese paso entre una multitud
que negocia en todas las lenguas de Babel,
arroja y abaraja los vocablos
como si fueran clavos,
se los arranca de la boca
como si se extrajera los molares.

Impermeables a cuanto las rodea,
las inglesas pasean en los burros,
sin tan siquiera emocionarse
ante el gesto con que los vendedores
abren sus dos alas de alfombras:
gesto de mariposa enferma
que no puede volar.

Chaquets de cucaracha,
sonrisas bíblicas,
dedos de ave de rapiña,
los judíos realizan la paradoja de vender
el dinero con que los otros compran;
y cargados de leña y de jorobas
los dromedarios arriban
con una escupida de desprecio
hacia esa humanidad que gesticula

hasta con las orejas,
vende hasta las uñas de los pies.

¡Barrio de panaderos
que estudian para diablo!
¡Barrio de zapateros
que al rematar cada puntada
levantan los brazos
en un simulacro de naufragio!
¡Barrio de peluqueros
que mondan las cabezas como papas
y extraen a cada cliente
un vasito de “sherry-brandy” del cogote.

Desde lo alto de los alminares
los almuédanos,
al ver caer el Sol,
instan a lavarse los pies
a los fieles, que acuden
con las cabezas vendadas
cual si los hubieran trepanado.

Y de noche,
cuando la vida de la ciudad
trepa las escaleras de gallinero
de los café-conciertos,
el ritmo entrecortado
de las flautas y del tambor
hieratiza las posturas egipcias
con que los hombres recuéstanse en los muros,
donde penden alfanjes de zarzuela
y el Kaiser abraza en las litografías al Sultán...

En tanto que, al resplandor lunar,
las palmeras que emergen de los techos
semejant arañas fabulosas
colgadas del cielo raso de la noche.

Tánger, mayo, 1923

De Espantapájaros

Abandoné las carambolas por el calambur, los madri-gales por los mamboretás, los entreveros por los entretelones, los invertidos por los invertebrados. Dejé la sociabilidad a causa de los sociólogos, de los solistas, de los sodomitas, de los solitarios. No quise saber nada con los prostáticos. Preferí el sublimado a lo sublime. Lo edificante a lo edificado. Mi repulsión hacia los parentescos me hizo eludir los padrinzagos, los padrenuestros. Conjuré las conjuraciones más concomitantes con las conjugaciones conyugales. Fui célibe, con el mismo amor propio con que hubiese sido para-guas. A pesar de mis predilecciones, tuve que distan-ciar-me de los contrabandistas y de los contrabajos; pero intimé, en cambio, con la flagelación, con los flamencos.

Lo irreductible me sedujo un instante. Creí, con una buena fe de voluntario, en la mineralogía y en los minotauros. ¿Por qué razón los mitos no repoblarían la aridez de nuestras circunvoluciones? Durante varios siglos, la felicidad, la fecundidad, la filosofía, la fortuna, ¿no se hospedaron en una piedra?

¡Mi ineptitud llegó a confundir a un coronel con un termómetro!

Renuncié a las sociedades de beneficencia, a los ejercicios respiratorios, a la franela. Aprendí de memoria el horario de los trenes que no tomaría nunca. Poco a poco me sedujeron el recato y el bacalao. No consentí ninguna concomitancia con la concupiscencia, con la constipación. Fui metodista, malabarista, monogamista. Amé las contradicciones, las contrariedades, los contrasentidos. . . y caí en el de gatillo.

De Espantapájaros

Yo no tengo una personalidad; yo soy un cocktail, un conglomerado, una manifestación de personalidades.

En mí, la personalidad es una especie de forunculosis anímica en estado crónico de erupción; no pasa media hora sin que me nazca una nueva personalidad.

Desde que estoy conmigo mismo, es tal la aglomeración de las que me rodean, que mi casa parece el consultorio de una quiromántica de moda. Hay personalidades en todas partes: en el vestíbulo, en el corredor, en la cocina, hasta en el W.C.

¡Imposible lograr un momento de tregua, de descanso! ¡imposible saber cuál es la verdadera!

Aunque me veo forzado a convivir en la promiscuidad más absoluta con todas ellas, no me convenzo de que me pertenezcan.

¿Qué clase de contacto pueden tener conmigo —me pregunto— todas estas personalidades inconfesables, que harían ruborizar a un carnicero? ¿Habré de permitir que se me identifique, por ejemplo, con este pederasta marchito que no tuvo ni el coraje de realizarse, o con este cretinoide cuya sonrisa es capaz de congelar una locomotora?

El hecho de que se hospeden en mi cuerpo es suficiente, sin embargo, para enfermarse de indignación. Ya que no puedo ignorar su existencia, quisiera obligarlas a que se oculten en los repliegues más profundos de mi cerebro. Pero son de una petulancia. . . de un egoísmo. . . de una falta de tacto. . .

Hasta las personalidades más insignificantes se dan unos aires de trasatlántico. Todas, sin ninguna clase de excepción, se consideran con derecho a manifestar un desprecio olímpico por las otras, y naturalmente, hay peleas, conflictos de toda especie, discusiones que no terminan nunca. En vez de contemporizar, ya que tienen que vivir juntas, ¡pues no señor!, cada una pretende imponer su voluntad, sin tomar en cuenta las opiniones y los gustos de las demás. Si alguna tiene una ocurrencia, que me hace reír a carcajadas, en el acto sale cualquier otra, proponiéndome un paseíto al cementerio. Ni bien aquélla desea que me acueste con todas las mujeres de la ciudad, ésta se empeña en demostrarme las ventajas de la abstinencia, y mientras una abusa de la noche y no me deja dormir hasta la

madrugada, la otra me despierta con el amanecer y exige que me levante junto con las gallinas.

Mi vida resulta así una preñez de posibilidades que no se realizan nunca, una explosión de fuerzas encontradas que se entrechocan y se destruyen mutuamente. El hecho de tomar la menor determinación me cuesta un tal cúmulo de dificultades, antes de cometer el acto más insignificante necesito poner tantas personalidades de acuerdo, que prefiero renunciar a cualquier cosa y esperar que se extenúen discutiendo lo que han de hacer con mi persona, para tener, al menos, la satisfacción de mandarlas a todas juntas a la mierda.

De Persuasión de los días

EJECUTORIA DEL MIASMA

Este clima de asfixia que impregna los pulmones
de una anhelante angustia de pez recién pescado.
Este hedor adhesivo y errabundo,
que intoxica la vida
y nos hunde en viscosas pesadillas de lodo.
Este miasma corrupto,
que insufla en nuestros poros
apetencias de pulpo,
deseos de vinchuca,
no surge,
ni ha surgido
de estos conglomerados de sucia hemoglobina,
cal viva,
soda cáustica,
hidrógeno,
pis úrico,
que infectan los colchones,
los techos,
las veredas,
con sus almas cariadas,

con sus gestos leprosos.
Este olor homicida,
rastrero,
ineludible,
brota de otras raíces,
arranca de otras fuentes.

A través de años muertos,
de atardeceres rancios,
de sepulcros gaseosos,
de cauces subterráneos,
se ha ido aglutinando con los jugos pestíferos,
los detritus hediondos,
las corrosivas visceras,
las esquiras podridas que dejaron el crimen,
la idiotez purulenta,
la iniquidad sin sexo,
el gangrenoso engaño;
hasta surgir al aire,
expandirse en el viento
y tornarse corpóreo;
para abrir las ventanas,
penetrar en los cuartos,
tomarnos del cogote,
empujarnos al asco,
mientras grita su inquina,
su aversión,
su desprecio,
por todo lo que allana la acritud de las horas,
por todo lo que alivia la angustia de los días.

De Persuasión de los días

TESTIMONIAL

Allí están,
allí estaban

las trashumantes nubes,
la fácil desnudez del arroyo,
la voz de la madera,
los trigales ardientes,
la amistad apacible de las piedras.

Allí la sal,
los juncos que se bañan,
el melodioso sueño de los sauces,
el trino de los astros,
de los grillos,
la luna recostada sobre el césped,
el horizonte azul,
¡el horizonte!
con sus briosos tordillos por el aire...

¡Pero no!
Nos sedujo lo infecto,
la opinión clamorosa de las cloacas,
los vibrantes eructos de onda corta,
el pasional engrudo
las circuncisas lenguas de cemento,
los poetas de moco enternecido.
los vocablos,
las sombras sin remedio.

Y aquí estamos:
exangües,
más pálidos que nunca;
como tibios pescados corrompidos
por tanto mercader y ruido muerto:
como mustias acelgas digeridas
por la preocupación y la dispepsia;
como resumideros ululantes
que toman el tranvía
y bostezan
y sudan
sobre el carbón, la cal, las telarañas;
como erectos ombligos con pelusa
que se rascan las piernas y sonríen,

bajo los cielorrasos
y las mesas de luz
y los felpudos;
llenos de iniquidad y de lagañas,
llenos de hiel y tics a contrapelo,
de histrionismos madeja,
yará,
mosca muerta;
con el cráneo repleto de aserrín escupido,
con las venas pobladas de alacranes filtrables,
con los ojos rodeados de pantanosas costas
y paisajes de arena,
nada más que de arena.

Escoria entumecida de enquistados complejos
y cascarrientos labios
que se olvida del sexo en todas partes,
que confunde el amor con el masaje,
la poesía con la congoja acidulada,
los misales con los libros de caja.
Desolados engendros del azar y el hastío,
con la carne exprimida
por los bancos de estuco y tripas de oro,
por los dedos cubiertos de insaciables ventosas,
por caducos gargajos de cuello almidonado,
por cuantos mingitorios con trato de excelencia
explotan las tinieblas,
ordeñan las cascadas,
la adulcorada caña,
la sangre oleaginosa de los falsos caballos,
sin orejas,
sin cascos,
ni florecido esfínter de amapola,
que los llevan al hambre,
a empeñar la esperanza,
a vender los ovarios,
a cortar a pedazos sus adoradas madres,
a ingerir los infundios que pregonan las lámparas,
los hilos tartamudos,
los babosos escuerzos que tienen la palabra,
y hablan,

hablan,
hablan,
ante las barbas próceres,
o verdes redomones de bronce que no mean,
ante las multitudes
que desde un sexto piso
podrán semejarse a caviar envasado,
aunque de cerca apestan:
a sudor sometido,
a cama trasnochada,
a sacrificio inútil,
a rencor estancado,
a pis en cuarentena,
a rata muerta.

Portada:
Poema de Oliverio Girondo

Editor:
Fernando Maqueo